

Enrique Molina

Del espíritu ⁽¹⁾



ESTE tema del espíritu es apasionante. ¿Qué es el espíritu? ¿Es una substancia, una causa, una función, una mera palabra acaso, o un resultado sin substancia de las actividades de la vida? Es una de las palabras con más sentidos y de más variados usos del lenguaje humano. Es más rica en sugerencias que su sinónimo alma y parece que tuviera un poder mágico sobre la emotividad de los hombres.

En las parejas de términos positivos y negativos que forman una de las texturas del lenguaje se contraponen, preferentemente, espíritu a materia y alma a cuerpo; pero no hay ninguna razón para que los términos que se presenten como correlativos sean espíritu y cuerpo.

Estas voces sirven para expresar una dualidad en el ser humano en que se ha creído desde los tiempos más remotos. Rastreando el origen de esta creencia junto con el de otras de religiones primitivas se llega también

(1) Capítulo de un libro que se está imprimiendo en las prensas de la Universidad de Chile, sobre la filosofía bergsoniana.

a la concepción de los espíritus, en plural, entidades buenas o malas, que desde entonces son huéspedes de la fantasía del hombre. Pero si se examinan con detención tales creencias se ve que, claramente, no suponen una dualidad de substancias.

A la parte más sutil de las dos que integrarían la persona humana se la ha llamado el *doble*, que más tarde se depurará y alcanzará la categoría de alma.

Los antropólogos y etnólogos han sugerido la hipótesis de que esta creencia se derivaría de la interpretación de hechos inexplicables de otra manera para la mentalidad primitiva. La sombra de la persona no es ni puede ser para el salvaje un fenómeno relacionado con la luz y un obstáculo que la intercepta; es una emanación y desdoblamiento de la persona, es cosa viva ligada a ella por lazos orgánicos y expuesta a daños. Es el *doble*.

Cuando ese hombre ve reproducida su imagen en la linfa de un lago no puede pensar tampoco en fenómenos de la reflexión de la luz. Supone que de sí mismo se ha desprendido una película que le es propia, reproducción sutil de su persona que se está bañando en el agua. Es su *doble*.

Ese hombre sueña mientras duerme y se ve cazando, enamorando o corriendo otras aventuras en lugares más o menos distantes. Despierta y se encuentra en el mismo sitio donde se había puesto a dormir. Lo ocurrido no tiene otra explicación para él sino que, mientras su cuerpo permanecía como muerto, su *doble* salió a vivir

realmente las aventuras forjadas por su fantasía. La vuelta del doble trajo su despertar. De aquí también que se asimile la muerte a un sueño perdurable y el culto de los muertos que es el cuidado de la conservación del cuerpo esperando la posible vuelta del doble ausente.

El concepto del doble ha sido materialista, pero de una materialidad más tenue y diáfana que la del cuerpo.

Dentro del espiritualismo corriente subsiste esta noción del espíritu y a éste se le imagina como una substancia leve, difusa, vaga, ingrávida. Aparece y desaparece sin dejar rastro como un vaho. Es el aliento de los vivos y el ánima de los muertos. Es una especie de gas. Al respecto ha ocurrido también un intercambio de designaciones. A principios del siglo XVII, a los gases, que empezaban a ser conocidos, se les llamaba *espíritus*. El ácido clorhídrico era el espíritu de sol; el ácido carbónico, el espíritu silvestre; el hidrógeno, el espíritu inflamable. La palabra *gas* es de origen holandés y en este idioma espíritu se dice *Geest*, término casi igual al alemán *Geist* con que se designa el mismo concepto.

Espíritu y alma son, en gran parte de su significado, expresiones sinónimas. Dentro de la metafísica espiritualista con ambas se designa al principio activo de la conciencia y del cuerpo. Se puede distinguir, no obstante, a alma de espíritu: 1.º en que aquélla contiene la idea de una substancia individual. Sin embargo se ha dicho y se dice «el alma del mundo», manera de

decir muy frecuente de los estoicos y que Platón emplea en el *Timeo*. 2.º En que la palabra espíritu se aplicaría con preferencia a las operaciones intelectuales.

Ortega y Gasset hace una distinción semejante. (1) «Llamo espíritu, dice, al conjunto de los actos íntimos de que cada cual se siente verdadero autor o protagonista. El ejemplo más claro es la voluntad». «El acto en que entendemos con evidencia suficiente una proposición científica sólo puede ser ejecutado por ese centro de mi ser que es la mente o espíritu. Ni con el cuerpo ni con el alma *sensu stricto* se piensa. Es la región de los sentimientos y emociones, de los deseos, de los impulsos y apetitos: lo que vamos a llamar en sentido estricto, alma».

Tratándose de dos términos que lo más probable es que no tengan ningún contenido ontológico, tal vez no vale la pena buscarles distintas ubicaciones tan precisas. Sin embargo, algo de esa diferencia se halla consagrada en el lenguaje y es más propio referir las cosas de la inteligencia al espíritu y las de los sentimientos al alma. Así cabe decir: «lo siento con toda el alma» y no sonaría bien: «lo siento con todo el espíritu». Al revés, se puede hablar del *esprit de finesse*, espíritu de sutileza, y resultaría casi un despropósito referirse a un «alma de sutileza».

(1) *El Espectador*. V.

* * *

Bergson ⁽¹⁾ no se preocupa de puntualizar una diferencia entre alma y espíritu, y en sus lucubraciones emplea de preferencia este último término al que identifica, ventajosamente, para la claridad del sentido, con la conciencia. «Quién dice espíritu, dice ante todo conciencia», son sus palabras. En otra parte expresa: «¿Cómo definir de otra manera el espíritu sino como la facultad, la fuerza de sacar de sí más de lo que contiene, devolver y dar más de lo que recibe?» En estas líneas el espíritu casi queda identificado con el impulso vital, la fuerza creadora por excelencia. El espíritu que obra en el hombre no viene a ser más que una derivación, una emanación, un avatar del impulso vital. Esto, en cuanto a una caracterización genética; pero ya hemos dicho que el espíritu es conciencia y como tal su cualidad suprema es la memoria». La primera función de la conciencia consiste en retener lo que ya no es, en anticipar lo que aun no es. El presente no tiene más volumen que el límite puramente teórico que separa al pasado del porvenir. Puede en rigor ser concebido; en verdad no es jamás percibido. Cuando creemos sorprenderlo ya está lejos de nosotros. Lo que percibimos en realidad es cierto espesor de duración que se compone

(1) Nuestro autor trata del espíritu en todas sus obras y particularmente en *Materia y Memoria*.

de dos partes: nuestro pasado inmediato y nuestro porvenir inminente. Sobre este pasado estamos apoyados; sobre este porvenir nos inclinamos: apoyarse e inclinarse así es lo propio de un ser consciente. La conciencia es, pues, un lazo de unión entre lo que ha sido y lo que será, un puente echado entre el pasado y el porvenir». Si examinamos una frase cualquiera, por más corta que sea, por ejemplo: «Estamos estudiando el espíritu», cada sílaba, al pronunciarse, va cayendo en el pasado y se registra en la memoria, y al llegar a la última toda la frase es ya presa del recuerdo. No es presente. «Nuestra vida interior entera, dice Bergson, es como una frase única, empezada en el alba de nuestra conciencia, sembrada de comas, pero en ninguna parte cortada por puntos».

—¿Qué decir de las relaciones de la conciencia con el cerebro?

La experiencia nos muestra, expresa Bergson, que la vida de la conciencia se halla ligada a la vida del cuerpo, que hay solidaridad entre ellas; nada más. Pero hay mucha distancia de aquí a sostener que lo cerebral sea equivalente de lo mental, que se podría leer en un cerebro todo lo que pasa en la conciencia correspondiente. «Un traje es solidario del clavo en que se encuentra colgado; cae si se arranca el clavo; oscila si el clavo se mueve; se agujerea y se desgarrá si la cabeza del clavo es demasiado puntiaguda. No se sigue de aquí que cada detalle del clavo corresponda a un detalle del traje, ni que el clavo sea el equivalente del traje: aun

menos que el clavo y el traje sean la misma cosa. Así la conciencia se halla incontestablemente colgada de un cerebro, pero esto no significa de ninguna manera que el cerebro dibuje todo el detalle de la conciencia ni que la conciencia sea una función del cerebro. Todo lo que la observación, la experiencia, y por consiguiente, la conciencia nos permiten afirmar, es la existencia de una cierta relación entre el cerebro y la conciencia». (1)

Bergson se complace en estos amenos juegos literarios; pero ellos no prueban nada.

—¿Cómo comparar la relación de la conciencia y el cerebro con la que existe entre un traje y el clavo en que está colgado? Si se completa la comparación se verá la inanidad de ella. Descolgado el traje del clavo conserva aquél toda su integridad y se halla más a punto de servir al uso a que está destinado, mientras que no se ha encontrado jamás una conciencia separada del cerebro ni que pueda hacer algo desprendida de la materia orgánica que le sirve de base. «La distinción tradicional del cuerpo y del alma, dice L. Brunschvicg, implica el absurdo de que sería menester trazar un límite entre las funciones del cuerpo y las del alma, límite que tendría que estar necesariamente en el espacio y el alma una vez proyectada en el espacio deja de ser alma». (2)

(1) *L'énergie éspirituelle*. Pág. 59

(2) *De la connaissance de soi*. Pág. 187.

Continuando en el desarrollo de su tesis, dice Bergson que el cerebro no puede engendrar imágenes ni contener recuerdos. Estas funciones son propias del espíritu. El cerebro y los nervios no son ellos mismos más que imágenes y no pueden dar lugar a representaciones. El papel del cuerpo, del cerebro consiste en ser centros de acción, la periferia por donde se descarga la actividad del espíritu. El cerebro no es sino una especie de oficina telefónica central.

La esencia del espíritu consiste en ser recuerdo puro. Las sensaciones actuales son las que ocupan porciones determinadas de la superficie de mi cuerpo; el recuerdo puro, al contrario, no interesa a ninguna parte de mi cuerpo. Sin duda engendrará sensaciones materializándose, pero en el preciso momento en que haga eso, dejará de ser recuerdo para pasar al estado de cosa presente, actualmente vivida. El recuerdo puro mientras se mantiene como tal, no participa de las dualidades de la sensación de ninguna manera. También cuando por las conveniencias de la acción el pasado se convierte en imagen, el recuerdo puro abandona su estado de tal y se confunde con cierta parte del presente.

Pregunta inquietante es querer saber dónde se ubica el recuerdo puro; pero esta curiosidad sólo resulta, según Bergson, de nuestra manera de pensar especialmente. Es impropio buscarle domicilio. El recuerdo puro es cosa de la duración, es inextenso y carece de substancia. Se actualiza a través del cerebro para atender a las necesidades de la vida.

He aquí el sólo papel del cerebro dentro de las concepciones bergsonianas. Es órgano de atención a la vida. El espíritu rebalsa del cerebro, como la sinfonía de una orquesta, rebalsa la batuta y los movimientos del director de orquesta que marcan el compás. Como el lente hace confluír los rayos de la luz dispersa en un solo punto, el cerebro concentra las fuerzas del espíritu o del recuerdo puro en los puntos convenientes para la vida. El espíritu que concibe Bergson no se personifica, pues, individualmente ni supone una substancia espiritual. Sin embargo, sugiere nuestro filósofo la posibilidad de una supervivencia espiritual, cuya manera de realizarse es un misterio.

No concibiendo el espíritu en forma de substancia, bien pudiera Bergson aceptar una interpretación monista del mundo. Pero no es así. Para nuestro filósofo el espíritu subsiste al lado de la materia como una energía inconfundible con ella.

Encuentro más aceptables al respecto las hipótesis de Bertrand Russell y Harald Hoffding. El primero denomina a la suya «monismo neutral»; y supone la existencia de una sola substancia que no quiere llamar ni materia ni espíritu. El segundo la llama «de la identidad» y dice que los fenómenos de conciencia y los fenómenos corporales correspondientes forman dos aspectos de una misma cosa mirada por distintos lados e irreductible el uno al otro, como una línea curva o una sección de la superficie de una esfera tienen un lado convexo y otro cóncavo, absolutamente incambiable

el uno por el otro, a pesar de que una misma textura los sostiene a ambos.

Toda mi experiencia está de acuerdo con esta manera de pensar. No he tenido jamás la intuición de la existencia de un espíritu puro, externo a la vida de mi conciencia. Cuando he tratado de imaginármelo he tenido que materializarlo en alguna forma. Mi noción del espíritu la debo exclusivamente a mi vida interior. Tengo el sentimiento de llevar una vida espiritual cuando pienso, reflexiono: establezco juicios, me ocurre una idea nueva, me deleito en la belleza, practico el dominio de mí mismo, sofreno mis apetitos, hago cosas buenas, quiero y comprendo a los demás.

Con lo dicho, algo hemos avanzado acerca del alto significado que tiene para nosotros lo espiritual en la vida y sobre los ricos sentidos de que es susceptible el término espíritu. Este se nos ofrece desde luego como parte del tesoro lingüístico de que somos herederos y sirve para que los hombres hablen y discurren sobre una multitud de cosas que no entienden bien. Es por lo mismo un término de contenido impreciso. Una de sus aplicaciones más frecuentes consiste en denotar el carácter esencial de una cosa. Así se habla del espíritu de una raza, del espíritu de un pueblo, del espíritu de una época, del espíritu de una obra.

En virtud de la imprecisión de su significado, la palabra espíritu ocupa un término intermedio entre los valores musicales y los propiamente lógicos o conceptuales. La música conmueve y despierta en los sensibles

a ella, emociones de otra manera inefables; pero la vaguedad y amplitud de los estados a que da lugar, hace que cada cual la interprete según su propio sentir y experimente la placidez de encontrar expresado en esas notas imprecisas lo más íntimo de su ser.

Algo semejante ocurre con términos como espíritu y libertad, pongo por caso. Son musicales, imprecisos, se hallan en perpetua irrealización y estamos seguros de que cada vez que se les nombra despiertan algún eco en lo mejor de nuestra naturaleza. Son términos que constituyen un precioso vaso en que vamos decantando nuestros anhelos insaciados de algo superior.

Lo espiritual existe y existirá mientras haya vida humana como una función de nuestro ser, función que supone la actividad orgánica de la substancia primitiva, llámesela cuerpo, materia o como se quiera. Lo espiritual no es principio, sino un resultado que a su vez se convierte en causa. No es la causa eficiente de nuestras creaciones, sino la flor de nuestra actividad creadora que en forma concreta se incorpora en obras y en forma abstracta en valores. Entiendo por valores aquellos conceptos cuya substancia se extrae de la apreciación de las cosas y de los hechos y en los cuales, por referirse a intereses profundamente vitales, se infunde de manera inseparable el calor de los sentimientos.

Pero supongamos que existiera el espíritu en la forma que dice Bergson, como un flúido, una fuerza de indeterminación que, por decirlo así, soplara fuera de nosotros para insertarse en su oportunidad en el cere-

bro ¿Satisfaría tal concepción esa inquietud nuestra que se manifiesta cuando hablamos de las normas del espíritu, cuando ensalzamos sus excelencias y buscamos la elevación espiritual? ¿Cómo suponer que lo más característico del espíritu humano, como ser los valores y las emociones relacionadas con ellos, las emociones de lo bello, de lo bueno y de lo cierto, provengan de una entidad tan difusa y deshumanizada?

¡Ah, no! El espíritu se halla integrado por todo lo que ha hecho el hombre en el campo de la moral, de la ciencia, del arte y de la religión—la obra toda de la inteligencia iluminada, disciplinada y sacudida de emoción—y por lo que aspira a hacer en estos mismos órdenes para continuar perfeccionándose y superándose.

La ejecución de obras bellas, la busca de la verdad, el cultivo de los sentimientos de bondad, de justicia, de amor; el enriquecimiento de los conceptos correspondientes a ellos y su incorporación en instituciones que mejoren la vida y alivien el dolor; los actos nobles y heroicos; la práctica de las más modestas virtudes: estas obras y creaciones constituyen la realidad del espíritu. El hombre es el artífice de ellas y en ellas debe buscar las ejecutorias de su superioridad.